

La historia africana en la era de la descolonización

Frederick Cooper*

El primer objetivo de los historiadores africanos ha sido demostrar que el tema realmente existe. Cuando África era una posesión colonial de las potencias europeas, los líderes de opinión de Europa y los Estados Unidos la trataban como si fuera la encarnación de lo primitivo. Las ciencias sociales del siglo XIX la señalaron como un lugar donde aún podían encontrarse etapas primitivas de la evolución, mientras que la antropología del siglo XX consideró al continente como un laboratorio de especificidad social, donde las formas de organización social eran ilimitadas y eternas y, por lo tanto, podían compararse. Cuando los Estados africanos se volvieron independientes, comenzando con Ghana en 1957, el replanteamiento de la historia del continente se convirtió en parte de la construcción de la nación. Los primeros historiadores de África destacaron dos temas: el dinamismo de las sociedades precoloniales, que puso al descubierto un antiguo arte de gobernar africano, y la resistencia a la conquista como precursora de los movimientos nacionalistas y de la lucha por la independencia.

De cierto modo, aún se libran viejas batallas, particularmente en contra de un conjunto de imágenes transmitidas por los medios de comunicación que siguen asociadas con África. Para muchos, este continente sigue siendo el corazón de las tinieblas. El hecho de que la violencia forme parte de la historia reciente de África –el genocidio de Rwanda en 1994, las redes de contrabando de diamantes y la brutal guerra en Sierra Leona y Angola en la década

* Traducción del inglés por Susana Moreno.

de los noventa– sugiere mirar la violencia entre comunidades, la hambruna, los refugiados, el sometimiento de las mujeres y otras dolorosas facetas de la experiencia africana, como elementos naturales y fijos al paisaje. Por otro lado, es fácil ver a África sólo en el papel de víctima de un imperialismo ubicado totalmente fuera del continente. La tarea más difícil es entender la dinámica de la historia africana, su cambiante relación con el mundo exterior, así como las posibilidades y las limitaciones que revela su historia. En este ensayo no intento presentar una explicación –histórica o no– del padecimiento actual de África, sino explorar la relación entre la experiencia de la historia en el último siglo y la escritura de ésta, tanto de este periodo como de un pasado más remoto. No sólo está en juego entender la cambiante relación de África con el resto del mundo, sino las relaciones de todos sus componentes, pues gran parte de la imagen que el mundo tiene de “África” es la de un espacio continental dividido en “tribus”, y en buena medida la tarea del historiador es explicar las interconexiones que caracterizan la historia de este continente.

ÁFRICA Y EL MUNDO

África fue, en parte, una invención de su diáspora, una unidad que adquirió significado histórico en el mundo porque los traficantes de esclavos de los siglos XVII al XIX la definieron como un lugar donde podía llevarse a cabo legítimamente el comercio con seres humanos. Con el tiempo, los esclavos africanos, y sus descendientes en América, comenzaron a percibirse de que su destino era común y muchos vieron a “África” como un símbolo casi mítico de que no eran meros muebles al servicio de sus dueños. Algunos líderes religiosos afroamericanos del siglo XIX voltearon hacia “África” y “Etiopía” (aunque de ese reino venían pocos esclavos) y, de este modo, reafirmaron el importante lugar de África en una historia universal: la propagación de la civilización cristiana. Cuando algunos descendientes de africanos regresaron al continente en el siglo XIX –ex esclavos repatriados a la colonia británica de Sierra Leona, comerciantes brasileños en el golfo de Benín o Angola–, algunos se descubrieron a sí mismos como parte de “naciones” trasatlánticas más amplias, que compartían ancestros y cultura, pero que necesitaban del cristianismo para

unir un pasado desgarrado a un futuro reintegrado (Campbell, 1995; Matory, 1999; Peel, 2000).

A finales del siglo XIX los africanos de las sociedades costeras –cristianos, con educación occidental, pero bien integrados en organizaciones sociales regionales– comenzaron a escribir acerca de sus propias regiones en términos que vinculaban diferentes susceptibilidades históricas. Africanus Horton y Edmund Wilmot Blyden contrarrestaron la noción de un África primitiva presentando a las sociedades africanas como entidades complejas, cuyas tradiciones originales definían al pueblo llano, cuyas ideas sobre la realeza y la jerarquía social definían el orden político, y cuyo interés en el comercio con el mundo exterior, en el cristianismo y en el islam, así como en la educación occidental, mostraban una actitud abierta y adaptable a la interacción. Los africanos tenían algo que aportar a la civilización del mundo.

El intenso periodo de exploración y final conquista europea (de 1870 a 1910) tuvo el irónico efecto de marginar al pueblo que podía haber sido la vanguardia de un esfuerzo europeo por convertirlo al cristianismo y “civilizar” África. Que los africanos tuvieran ideas acerca de cómo dirigir una sociedad iba en contra de la ideología imperial, que en los años de la conquista destacó la tiranía y la violencia de las sociedades africanas, atenuadas en pocos casos, como el de Buganda, donde se aceptó a regañadientes la autoridad política y moral de los gobernantes africanos. Inclusive dentro de las iglesias de las misiones, una primera generación de clérigos africanos, en el sur de Nigeria por ejemplo, tuvo que construir organizaciones religiosas independientes para poder manifestar su opinión en los asuntos de su competencia (Ajayi, 1965).

Pero cuando los regímenes coloniales se dieron cuenta de que era difícil rehacer las sociedades africanas según la imagen europea –la “misión civilizadora”–, comenzaron a ligar su legitimidad a los jefes, cuya autoridad sobre sus súbditos necesitaban los gobernantes coloniales. Con eso, la idea de la “tradición”, como una cualidad esencial de la vida africana, adquirió una nueva preeminencia. Los regímenes coloniales –y los estudiosos e intelectuales de esa época– estaban interesados en los “usos y costumbres”, en el “folclor”, en el “arte primitivo”. El aumento de los estudios etnográficos sobre África en la década de los veinte provocó que muchos investigadores extranjeros, quienes

a menudo simpatizaban con las víctimas de la opresión colonial, viajaron al continente, interesados en la diversidad de formas sociales. Sin embargo, su énfasis sobre la integridad delimitada de cada “sociedad” africana era ahistórico (Conklin, 1997; Phillips, 1989; Chanock, 1985).

UN NUEVO PASADO PARA UN NUEVO FUTURO

Dentro de las jaulas étnicas de las sociedades coloniales, la conciencia del pasado no permanece estática a ultranza. Algunos de los primeros africanos convertidos por las misiones usaron su habilidad con el francés o el inglés para establecer genealogías y dejar constancia de las tradiciones de “su” pueblo, usando la legitimidad de los escritos “europeos” para expresar visiones indígenas del pasado y destacar la integridad de la sociedad local (Desai, 2001). Esas historias eran invocadas para reclamar una representación colectiva en los consejos del Estado. Mientras tanto, panafricanistas como W.E.B. Du Bois refutaron las concepciones denigrantes de la ideología colonial, haciendo énfasis en la importancia de la larga historia de opresión que compartían africanos y afroamericanos, una historia que recalcó la importancia de los movimientos de liberación (Langley, 1973).

Por lo tanto, la explosión del interés por la historia africana después de la segunda guerra mundial surgió en un contexto más profundo. Pero la ruptura fue fundamental. Después de una devastadora guerra contra los nazis, los gobiernos francés y británico necesitaban justificar su régimen y al mismo tiempo intensificar el uso de los recursos africanos. La creciente vulnerabilidad e impertinencia de las potencias coloniales –la apertura de una época de “desarrollo” colonial– abriría rápidamente el debate sobre el futuro de África y, a la larga, sobre su pasado.

Los eruditos y los intelectuales comenzaron a preguntarse si la concepción de unidades delimitadas y estáticas tenía sentido para el África que ellos veían. Si bien en la década de los treinta algunos antropólogos habían visto que, por ejemplo, la migración estaba debilitando las unidades sociales que habían dado por descontadas, para la década de los cincuenta el movimiento demográfico, la interacción entre culturas y la adaptación cultural exigían un análisis

mayor. El antropólogo francés Georges Balandier (1951) criticó la obsesión de sus maestros por la autenticidad de las sociedades africanas y, en cambio, abogó por concentrarse académicamente en la “situación colonial” como una unidad definida por una historia de conquista, por el ejercicio del poder imperial y por un sistema cultural moldeado por el racismo europeo. El antropólogo estadounidense Melville Herskovits (1941) insistió en la importancia que tenía el análisis histórico para la antropología política, examinó la transmisión de la cultura africana al nuevo mundo por medio del tráfico de esclavos y se preguntó qué ofrecía la experiencia africana en el gobierno de reinos indígenas para el futuro político de África.

En la década de los cincuenta pocos investigadores querían asumir los retos de Balandier o Herskovits. A pesar de que las injusticias del colonialismo estaban cada vez más en el centro de la movilización política, especialmente después del inicio de la guerra de Argelia en 1954, lo que captó la imaginación académica fue la posibilidad de que África ingresara al mundo “moderno”. El colonialismo era un obstáculo menos interesante de examinar en detalle que la posibilidad de que los africanos emigraran a las ciudades y accedieran a los empleos asalariados y a los cuerpos legislativos. Se estaba superando un pasado de esclavitud y subordinación, pero los estudiosos creían estar frente a una “modernización”.

Los historiadores académicos, custodios profesionales del pasado, fueron parte de la agitación política e intelectual de la posguerra. Poco a poco comenzaron a decir que un nuevo futuro necesitaba un nuevo pasado, y que los africanos debían estar interesados en aplicar las metodologías de la historia a su propia experiencia. El primer doctor africano en historia, K.O. Dike, de Nigeria, fue discípulo de los historiadores de la expansión imperial, y convirtió la metodología de éstos en un medio para legitimar el relato de un tipo diferente de historia, en la que interactuaran en el delta del Níger, comerciantes, gobernantes y guerreros, tanto africanos como europeos, así como la adaptación de las instituciones sociales de África a nuevas formas de competencia en el siglo XIX. Dike (1956) insistió en que podían usarse las fuentes orales junto con las escritas, aunque trabajó principalmente con archivos. Por un lado, se arriesgó al extender los cánones metodológicos de la historia, por otro, su insistencia en que el *locus* de la

historia podría encontrarse en África misma –que la interacción era más importante que la transmisión– significó una aprobación de la historia nacionalista.

La siguiente generación de historiadores africanos con educación europea avanzó en esta dirección. Muchos destacaron explícitamente que el pasado anterior a la conquista sentó el precedente para después de la independencia, a la vez que mostraban cómo los africanos habían reunido diversas poblaciones en unidades políticas mayores, y de qué modo la iniciativa africana en la agricultura y el comercio había vinculado ecológicamente distintas regiones entre sí y con el mundo exterior. También mostraron la manera en que los líderes religiosos construyeron redes que trascendían fronteras étnicas y cómo los africanos adaptaron el islam a propósitos particulares en la política y en la cultura (Ranger, 1968).

La búsqueda de un pasado utilizable –y de un pasado nacional– fue la fortaleza y la debilidad de la historia africana en la década de los sesenta. Su fortaleza, porque provocó que generaciones de jóvenes africanos creyeran que podrían combinar la erudición internacional con un sentimiento de pasado aprendido en sus propias comunidades, y además porque permitía a estadounidenses y europeos aprender la manera en que el fin de los imperios coloniales había hecho necesario un reordenamiento de las categorías intelectuales. Su debilidad, porque el contexto político privilegió la “construcción del Estado” sobre las diversas estrategias de hombres y mujeres, de comerciantes y figuras religiosas, quienes buscaban vivir sus vidas de diferente manera, lo que redujo un pasado diverso y ratificó un presente cada vez más autoritario. El aspecto de la historia colonial que mejor reúne estos requisitos fue la “resistencia”; de hecho, algunos historiadores africanos vieron el “episodio colonial” como un intervalo breve, pero no particularmente importante, entre un pasado autónomo y un futuro prometedor. Una consecuencia de esta nueva historiografía, con todas sus limitaciones, fue un destacado interés en la metodología, en cómo solucionar el problema de reconstruir patrones históricos ante una escasez de documentos escritos, la mayoría de los cuales eran de visitantes y conquistadores. Jan Vansina ayudó a desarrollar criterios rigurosos para analizar textos orales con el mismo ojo crítico empleado en los escritos, mientras que otros eruditos exploraron el uso de material lingüístico y arqueológico para registrar los movimientos migratorios, la evolución de la cultura material y la con-

figuración espacial de la construcción del Estado (Vansina, 1965; Vansina, Mauny y Thomas, 1964).

La erudición histórica africana alcanzó su efervescencia en las décadas de los sesenta y los setenta, con el centro de la acción en África. Cada nación debía tener una universidad, y cada universidad un departamento de historia. Se fundaron asociaciones y periódicos, se realizaron congresos internacionales y la UNESCO reunió autores africanos para escribir una historia integral del continente (UNESCO, 1981-1993).

DESILUSIÓN NACIONAL Y OTRO TIPO DE HISTORIAS

En gran parte de África los sueños nacionales se convirtieron en desilusión nacional al producirse los golpes de Estado de los años sesenta y, más amargamente, al empeorar la economía mundial en la década de los setenta, lo que resultó catastrófico para las economías exportadoras de África. Entonces surgió una perspectiva crítica de la nueva nación, primero en la literatura de ficción, pero a la larga condujo a una actitud más crítica entre los científicos sociales. Varios fueron los eruditos que terminaron en el exilio o que fueron encarcelados. Esto transformó la atmósfera de compromiso tan evidente en las universidades africanas de los sesenta y principios de los setenta. Más grave fue la crisis financiera que debilitó a las organizaciones de enseñanza e investigación, restringió las revistas académicas y contribuyó a la “hambruna de libros” que afectó la vida intelectual en todo el continente. Los eruditos africanos, estuvieron en instituciones africanas o no, y sus colegas europeos y estadounidenses, comenzaron a plantear preguntas distintas a las que habían estado en el centro de atención durante los vertiginosos días del fin del imperio.

Las pruebas cada vez más numerosas de que la descolonización no había liberado a África de su problemática relación con la economía mundial, plantearon preguntas acerca del pasado, antes y durante la colonización. ¿Por qué los sistemas de gobierno africanos quedaron atrapados en el tráfico de esclavos del Atlántico? ¿De qué manera la presencia africana en América contribuyó a la riqueza europea? ¿Cómo enfrentaron (y en ocasiones aprovecharon) el comercio desigual y las políticas desiguales?, se volvieron temas cada vez más interesan-

tes (Rodney, 1972). Por otra parte, antropólogos marxistas franceses (Meillas-soux, 1975) argumentaron que instituciones como los sistemas de parentesco no eran tanto el producto de una cultura particularmente africana, sino de la lógica de reproducción de las sociedades agrícolas. A partir de ahí postularon que los modos de producción resultantes interactuaban de manera particular con el creciente sistema capitalista. Otros eruditos señalaron que si en lugar de preguntar cómo había respondido una “sociedad” a los comerciantes o conquistadores europeos, se preguntara cómo reaccionaron las élites gobernantes, surgirían tensiones cruciales dentro de las sociedades africanas y con ellas la posibilidad de que ciertas élites estuvieran impacientes por buscar apoyo externo o fuentes de ingreso fuera del sistema de gobierno (Peel, 1983).

La investigación histórica collevó no sólo al uso de “informantes” para conseguir datos, sino a la yuxtaposición de diferentes tipos de sensibilidades históricas y al esclarecimiento de “cómo pensar el pasado” afecta los procesos políticos del presente y es afectado por éstos. La historia se convirtió no sólo en un conjunto de hechos que esperan ser descubiertos, sino en visiones conflictivas del pasado (Cohen, 1994). La historia oral reveló diferentes líneas divisorias dentro de las sociedades africanas, incluido el género, la edad y el *status*. Describió, no las acciones entre grupos sociales fijos, sino la flexibilidad de los arreglos sociales, como la tendencia de las personas desvinculadas de los grupos de parentesco –por la guerra o por los esfuerzos para escapar de la autoridad patriarcal– llevada a formar grupos importantes pero inestables de clientes de “grandes hombres”.

Tanto las fuentes orales como una lectura más matizada de documentos abrieron la era colonial a la investigación histórica, pero ya no como una historia de lo que habían hecho los blancos por y con los africanos, sino como un proceso dinámico donde el poder limitado de los régimes coloniales dejó numerosas fisuras, donde las mujeres trataron de conseguir autonomía inclusive ante la oposición de los hombres, donde la mano de obra de los emigrantes había desarrollado redes que vinculaban regiones lejanas, donde los cristianos construyeron iglesias y cultos independientes, y donde los productores de cultivos comerciales usaron sus ingresos para mejorar sus grupos de parentesco y cacicazgo (Mandala, 1990; McKittrick, 2002; Grosz-Ngaté y Kokole, 1997); his-

torias aunadas a la expropiación de recursos, especialmente en el sur de África, a la segregación y a la discriminación en contra de los africanos más “occidentalizados”, a la autoridad arbitraria y a la opresión cotidiana en los regímenes coloniales, tanto en sus últimas etapas “reformistas” como, en las primeras más brutales.

El estudio de la historia africana ha brindado la oportunidad de pensar las historias del “mundo” de una manera diferente. En lugar de ver a África como un lugar peculiar en donde falta lo que permitió a otras regiones desarrollarse más rápidamente, uno puede preguntarse qué tiene de particular cada región del mundo que en el proceso de interacción produjo desigualdades de riqueza y poder. Los historiadores de África han dialogado con los historiadores de América Latina respecto de la historia económica, así como con los historiadores de la India acerca del análisis del colonialismo (Diouf, 1999). La historia del mundo ya no puede verse como una sola narración, pero reconocerlo deja la difícil pregunta de cómo, entonces, analizar los procesos históricos de gran escala. El reto consiste en trazar múltiples caminos sin perder de vista el desarrollo de las relaciones políticas y económicas altamente desiguales a escala global.

PENSAR HISTÓRICAMENTE EL ÁFRICA CONTEMPORÁNEA

¿De qué manera el análisis histórico cambia nuestras percepciones de un continente profundamente atríbulado y frecuentemente malentendido? Como explica Mahmood Mamdani en estas páginas, los científicos sociales que se enfrentaron con la importancia de la violencia en décadas recientes de la historia de África han tendido a buscar una causa económica o política, destacando la acción de las élites del Estado; mientras que los periodistas han resaltado puntos de vista “primigenistas” del continente: África es así porque siempre lo ha sido; aún se ve como un continente de tribus, cada una con su “cultura” y su xenofobia. Como muestra Mamdani en el caso extremo del genocidio de Rwanda, la idea de “odios ancestrales” como fuente del horror no funciona. La diferencia cultural entre hutus y tutsis es mínima. Puede discutirse la explicación histórica específica que ofrece Mamdani, pero no la importancia de una

perspectiva histórica prolongada en: la formación precolonial de reinos con considerables desigualdades de riqueza y poder; las políticas coloniales que convirtieron las diferencias en una dicotomía étnica entre tutsis y hutus; las manipulaciones poscoloniales por parte de las élites, y las acciones de los estados europeos y las organizaciones internacionales que fomentaron la polarización, conduciendo a una situación que incluía, al mismo tiempo, guerra civil, asesinatos de Estado y violencia en masa.

A menudo la investigación histórica, especialmente en los primeros días de la independencia, intentó la difícil hazaña de vincular un nuevo Estado-nación con la autenticidad histórica de las sociedades plurales que parecían integrarla: a cada pueblo, su historia. Esta manera de hacer historia puso en relieve el proceder de los africanos al moldear su propia historia y arrojó luz sobre los diferentes tipos de instituciones que habían producido el movimiento y la interacción de los pueblos: desde reinos con elaborados sistemas de ejercicio del poder, hasta grupos de parentesco, quienes podían hacer un fondo común de recursos provenientes del comercio y la producción de cultivos, y contener el poder de los reyes. Pero esa historia otorgaba demasiado peso a la construcción del Estado precolonial como precedente para la construcción del poscolonial, al tiempo que promovía la concepción de un continente dividido en componentes étnicos. En lugar de partir de la identidad étnica actual para ver la manera en que los pueblos constituyeron patrones reales de relación, algunos eruditos han usado los conceptos de región, de complementariedad ecológica, de interacción lingüística, de red, y de relaciones patrón-cliente, que sólo algunas veces cristalizaron en grupos que mantenían límites y a veces permanecían en la forma de afinidades más amplias (Schoenbrun, 1998; Ambler, 1988; Glassman, 1995; Barry, 1998). Si los régimen coloniales trataron de usar a las unidades étnicas como un medio para dividir y gobernar –y para naturalizar el inalterable atraso de África–, los africanos usaron redes que cruzaban esas líneas: diásporas comerciales, migración que conectaba a diversas poblaciones rurales con centros urbanos de África y, a la larga, con Europa; peregrinaciones religiosas y círculos de estudio del Corán con vínculos en el interior de África y otras conexiones con Egipto y Arabia Saudita. También emplearon redes de santuarios y guías espirituales que daban forma a las afiliaciones religiosas étnicas en un

gran cinturón de África central, conexiones con una diáspora africana mayor moldeada por los misioneros, y la reunión de marineros afroamericanos y trabajadores africanos en los puertos de África (Manchuelle, 1997; Campbell, 1995).

Por lo tanto, la investigación histórica revela un contraste: si los regímenes coloniales, al menos durante la segunda guerra mundial, trataron de confinar las imaginaciones políticas africanas a estructuras étnicas de poder local, de cualquier modo los africanos desarrollaron tipos alternativos de redes sociales y económicas, y formas de expresión cultural y de imaginación política. Algunos autores piensan que los colonizadores eran más ambiciosos, que querían “colonizar las mentes” y someter los cuerpos (Comaroff, 1991). En efecto, hubo proyectos coloniales de este tipo, pero es cuestionable si realmente constituyeron un intento coherente para imponer una “modernidad” colonial en África. Primero, los regímenes coloniales, cualesquiera que fueran sus ambiciones iniciales, pronto descubrieron que era más fácil conquistar África que gobernarla, de tal manera que para la primera guerra mundial habían reducido sus ambiciones transformadoras, de ahí el énfasis de entreguerras por reforzar al África “tradicional”, así como la ausencia relativa de las técnicas clásicas de “gobernabilidad” en Europa –censos, catastros, clínicas, asilos, prisiones– y la continua dependencia de técnicas de dominación, como los castigos colectivos, los azotes y la servidumbre penal. Segundo, inclusive los africanos más involucrados con las misiones y las escuelas interpretaban de distinta manera lo que aprendían, usaban el aprendizaje para sus propios propósitos y convertían un proyecto cultural en diferentes conjuntos de significados y de estrategias para fomentar contextos locales. Aun los africanos mejor educados podrían encontrar que sus nuevas maneras no los llevaban muy lejos en las capitales coloniales y que debían idear una síntesis de las diferentes maneras de vivir a fin de tener buenos resultados en las poblaciones y en la política del parentesco. No tanto porque a los africanos educados les interesaría, sino porque era bueno para sus propias historias, incluyendo las historias orales convertidas en textos, y para reafirmar el lugar de las tradiciones indígenas en una noción más amplia de civilización (McKittrick, 2002; Vaughan, 1991; Desai, 2000).

Una segunda cuestión que pide a gritos ser analizada es la pobreza de África. Muchos de los proyectos diseñados para “desarrollar” las economías africa-

nas consideran que la pobreza es indígena, que siempre ha estado ahí, ya sea como una consecuencia de los escasos recursos o de la incapacidad cultural de volverse empresarios (Ferguson, 1990). Pero resulta que la pobreza, como gran parte del conflicto étnico, tiene una historia. En el siglo XVIII los países europeos tal vez eran cinco veces más ricos que las regiones africanas; ahora la brecha es de 400 a 1.

Entender esta divergencia no consiste sólo en comparar “África” y “Europa”, sino en explorar de qué manera las interacciones de ambas moldearon sus historias divergentes. Esto puede resolverse de una manera determinista: “periferia”, “semiperiferia” y “centro”, cada una con su forma particular de mano de obra asignada en una economía mundial capitalista y, en consecuencia, con destinos determinados. Pero los destinos de diferentes partes del mundo afectadas por el capitalismo mundial varían mucho, y la distribución de las regiones en las tres divisiones citadas, se vuelve tautológica. En cambio, puede enfocarse la dinámica de la interacción misma. Existe una buena cantidad de literatura sobre los empresarios africanos, lo que revela una considerable capacidad de adaptación de los sistemas de parentesco y de las filiaciones religiosas para organizar la producción y el comercio de larga distancia, así como la inventiva ante los regímenes coloniales que reprimieron la iniciativa económica africana (Hopkins, 1973).

No es que África sea un caso “peculiar”, sino que el camino que siguió Europa hacia el capitalismo ocasionó consecuencias trascendentales en todo el mundo. El espacio continental en que se convirtió África ofreció una correspondencia fatídica con las graves demandas del crecimiento del sistema Atlántico. África –más que Europa o Asia– era un lugar difícil de explotar sistemáticamente, un descubrimiento hecho por sus futuros gobernantes y después por una variedad de futuros conquistadores. Para evitar que sus “propios” campesinos obtuvieran demasiadas ganancias, e inclusive para capturar esclavos del exterior, reyes y explotadores trataron de exteriorizar el proceso de explotación. Durante la época del tráfico de esclavos (desde el siglo XVI, pero con mayor intensidad en los siglos XVIII y XIX), sorprendentemente los comerciantes europeos ofrecieron a los hombres de poder un atractivo particular: exteriorizar la compra de esclavos para mano de obra –de ahí el problema de la disciplina–,

así como su reclutamiento. Es necesario entender los límites y las posibilidades de consolidar riqueza y poder para explicar las dolorosas pruebas de los esclavos que en su mayoría fueron vendidos a los europeos y no capturados por éstos, y observar los complejos efectos que tuvo el tráfico de esclavos sobre quienes se quedaron, así como sobre quienes fueron enviados lejos mediante el uso de la fuerza (Miller, 1988; Peel, 1983; Larson, 2000).

Más tarde, cuando los europeos gobernaron África enfrentaron problemas parecidos a los que tuvieron los gobernantes africanos: una combinación de Estado, colonos que se apropián de tierras y compañías industriales que contratan mano de obra, debían vigilar el acceso a la tierra y supervisar a los trabajadores. Esas condiciones se satisfacían en Sudáfrica, en menor medida en Rodesia del Sur y de manera más limitada en Kenia (respecto al tema de la tierra, véase el artículo de Sara Berry en este número). En otras partes, los regímenes coloniales aprovecharon las iniciativas agrícolas africanas, las islas de producción mineral y los estrechos canales de comunicación, pero esos esfuerzos fueron limitados.

Cuando en la década de 1940 Gran Bretaña y Francia quisieron “reformar” y “desarrollar” a África y convertirla en un productor más sistemático, estaban admitiendo que no habían aprendido cómo explotarla lo suficiente. Buscaban convertir a las colonias en mejores productoras para satisfacer las necesidades del imperio y encontrar una mejor base para reafirmar la legitimidad del imperio en las condiciones de la posguerra. Este esfuerzo no tuvo éxito. Pero la necesidad colonial de imaginar que los africanos podrían seguir el camino hacia el mundo moderno liderado por los europeos, ofreció una apertura que aprovecharon los movimientos políticos y sociales africanos. Esto provocó que las potencias coloniales creyeran que podrían conducir a África hacia el desarrollo satisfaciendo la demanda de recursos. Pensaban que los africanos tendrían una voz política igual y los mismos estándares de vida que tenía el sistema de gobierno imperial. Incapaces de sostener el colonialismo tutelar de los años de la entreguerra o de costear el colonialismo de desarrollo de la posguerra, las potencias coloniales comenzaron a ver la transferencia de poder –y de responsabilidad– como la mejor manera de salir de sus problemas. Los imperios más reformistas, Gran Bretaña y Francia, fueron los primeros, pero las colonias por-

tuguesas y los regímenes de colonos como en Rodesia del Sur y Sudáfrica no podían permanecer aisladas de un sistema generalizado de dominio imperial (Cooper, 1996, 2002; Marseille, 1984; Cooper y Packard, 1997).

Cuando los gobernantes africanos heredaron una situación económica que sus antecesores no pudieron resolver, presidieron estados “guardianes”, capaces de controlar la interrelación con el mundo exterior mejor que la producción y el comercio en su interior, con el peligro de luchas por el acceso a la tierra, desconfiados de la iniciativa autónoma, tentados por un autoritarismo precario en contra de una sociedad que, de algún modo, seguía siendo móvil e insumisa. Mientras tanto, la “economía mundial” no era un mercado autorregulado, y sí un conjunto de instituciones económicas, incluidas las corporaciones transnacionales y las instituciones financieras internacionales, que ejercían el poder en nuevas formas. Cuando las economías africanas entraron en crisis a finales de la década de los setenta, dichos organismos demandaron “ajustes estructurales” que, en el nombre de la responsabilidad fiscal y el pago de la deuda, obligaron a los Estados a reducir los gastos en los campos educativo, sanitario y de transporte, que eran los mayores logros de la década de los sesenta. Por tal motivo, a los Estados africanos se les dificultó lograr la base social de crecimiento económico, por no mencionar un régimen político capaz de ganarse la confianza de sus ciudadanos (Cooper, 2002). Una historia tal es importante no sólo por lo que dice acerca de “África”, sino por lo que dice sobre el poder y los límites del capitalismo.

Un tercer y último punto que debe tenerse en mente, en especial en un momento en que el presente de África es tan difícil, es que su pasado contiene elementos de esperanza. Las décadas de los cuarenta y los cincuenta fueron testigos de la explosión del activismo en la África británica y francesa, centrado no sólo en el hecho del dominio extranjero, sino también en acciones específicas que pueden emprender los Estados. Los movimientos sociales y políticos aprovecharon la necesidad que tenían las potencias coloniales de legitimidad, orden y una producción creciente y constante, para exigir mejores escuelas y servicios sociales, mejores salarios y prestaciones, precios más justos para los cultivos de exportación y una voz significativa en los asuntos del Estado. Por un momento, los partidos políticos construyeron coaliciones basadas

en esta gama de demandas que, sumadas a la apertura de las últimas instituciones políticas coloniales, se enfocaban en poner a esas instituciones en manos africanas. Si después de la independencia muchos gobernantes africanos se mostraron confiados frente a una ciudadanía activa, debilitaron los sindicatos y otras organizaciones autónomas, y socavaron las instituciones democráticas, fue reflejo en gran parte de que, desde su propia experiencia, entendían que una ciudadanía involucrada podría plantear demandas y exigir que el Estado rindiera cuentas. La historia de los regímenes antidemocráticos y corruptos no refleja las características inherentes de la sociedad africana –ni las condiciones firmemente determinadas por las limitaciones externas–, sino esta historia compleja, con sus momentos de activismo ciudadano que no han desaparecido del horizonte.

A principios de la década de los ochenta, la mayoría de mi generación de estudiosos de África no esperábamos ver a Sudáfrica liberada de la dominación racial, no sin una revolución sangrienta. Pero el régimen del *apartheid* se derribó en 1994, agotado no sólo por un Congreso Nacional Africano que desde 1912 se apegó a su ideología de democracia multirracial, sino por una conjunción de diversas formas de movilización. El repertorio de protestas de Sudáfrica incluía la política de petición y demanda de reformas constitucionales, de organizaciones de obreros urbanos y rurales, llamamientos a las creencias cristianas, y aspiraciones y declaraciones panafricanistas de solidaridad racial. La movilización local de hombres y mujeres de Sudáfrica resonó en Europa y América por su esfuerzo en convertir el régimen sudafricano en un Estado paria. Más importante aún fue la descolonización del resto de África. A la larga los líderes sudafricanos se percataron de que no podrían vivir en su propio continente ni participar totalmente en la civilización “occidental” si insistían en la dominación racial. Incluso la terrible violencia urbana de la década de los ochenta, a menudo dirigida contra otros africanos y no contra el régimen, contribuyó a una coyuntura que supieron aprovechar Nelson Mandela y otros. Que Sudáfrica no haya resuelto o al menos abordado sus problemas fundamentales no niega el hecho de que un largo y complejo proceso político destruyó un régimen profundamente arraigado y abrió nuevas posibilidades.

CONCLUSIÓN

Reflexionar sobre los procesos históricos nos enfrenta con la tensión entre las múltiples posibilidades que se redujeron hasta convertirse en resoluciones singulares, pero que condujeron a nuevas configuraciones de posibilidades. El trabajo del historiador introduce una tensión entre la imaginación del arraigado en el presente y los fragmentos del pasado que aparecen en entrevistas, cartas, artículos de periódicos y archivos de tribunales. Los datos de la historia no son neutros o indiferentes: los archivos preservan ciertos documentos, pero no otros, y los narradores de la tradición oral recuerdan algunas narraciones y olvidan otras (Mudimbe, 1988). La historia africana ha ofrecido un glorioso pasado nacional que señala hacia un futuro nacional, y ha revelado un profundo pasado étnico. Pero la historia también puede leerse como proceso, elección y explicación. En la era de la descolonización, la historiografía ha provocado un sentimiento ante las posibilidades que puede abrir la movilización, y una conciencia de las limitaciones que dificultaron (y dificultan) a los Estados y a las sociedades africanas para emprender su propio camino en el mundo. ⚡

BIBLIOGRAFÍA

- Ajayi, J. F. Ade, *Christian Missions in Nigeria, 1841-1891: The Making of a New Elite*, Londres, Longmans, 1965.
- Ambler, Charles, *Kenyan Communities in the Age of Imperialism: The Central Region in the Late Nineteenth Century*, New Haven, Yale University Press, 1988.
- Balandier, Georges, “La situation coloniale: approche théorique”, *Cahiers Internationaux de Sociologie*, 11, 1951, pp. 44-79.
- Barry, Boubacar, *Senegambia and the Atlantic Slave Trade*, trad. de Ayi Kwei Armah, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.
- Campbell, James, *Songs of Zion: The African Methodist Episcopal Church in the United States and South Africa*, Nueva York, Oxford University Press, 1995.
- Chanock, Martin, *Law, Custom and Social Order: The Colonial Experience in Malawi and Zambia*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985.

- Cohen, David William, *The Combing of History*, Chicago, University of Chicago Press, 1994.
- Comaroff, Jean, y John Comaroff, *Of Revelation and Revolution*, vol. 1: *Christianity, Colonialism, and Consciousness in South Africa*, Chicago, University of Chicago Press, 1991.
- Conklin, Alice, *A Mission to Civilize: The Republican Idea of Empire in France and West Africa, 1895-1930*, Stanford, Stanford University Press, 1997.
- Cooper, Frederick, *Decolonization and African Society: The Labor Question in French and British Africa*, Cambridge, Cambridge University Press.
- , *Africa Since 1940: The Past of the Present*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002.
- Cooper, Frederick y Randall Packard (eds.), *International Development and the Social Sciences: Essays on the History and Politics of Knowledge*, Berkeley, University of California Press, 1997.
- Desai, Gaurav, *Subject to Colonialism: African Self-Fashioning and the Colonial Library*, Durham, Duke University Press, 2001.
- Dike, K. O., *Trade and Politics on the Niger Delta*, Oxford, Clarendon Press, 1956.
- Diouf, Mamadou (ed.), *L'historiographie indienne en débat: Colonialisme, nationalisme et sociétés postcoloniales*, París, Karthala, 1999.
- Ferguson, James, *The Anti-Politics Machine: "Development" Depoliticization, and Bureaucratic Power in Lesotho*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.
- Glassman, Jonathan, *Feasts and Riot: Revelry, Rebellion, and Popular Consciousness on the Swahili Coast, 1856-1888*, Portsmouth, NH, Heinemann, 1995.
- Grosz-Ngaté, Maria & Omari Kokole (eds.), *Gendered Encounters: Challenging Cultural Boundaries and Social Hierarchies in Africa*, Nueva York, Routledge, 1997.
- Herskovits, Melville, *The Myth of the Negro Past*, Nueva York, Harper, 1941.
- Hopkins, A. G., *An Economic History of West Africa*, Londres, Longman, 1973.
- Langley, J. Ayodele, *Pan-Africanism and Nationalism in West Africa 1900-1945: A Study in Ideology and Social Classes*, Oxford, Clarendon, 1973.
- Manchuelle, François, *Willing Migrants: Soninke Labor Diasporas, 1848-1960*, Athens, Ohio University Press.
- Larson, Pier, *History and Memory in the Age of Enslavement: Becoming Merina in Highland Madagascar, 1770-1822*, Portsmouth, NH, Heinemann, 2000.
- Mandala, Elias, *Work and Control in a Peasant Economy: A History of the Lower Tchiri Valley in Malawi, 1859-1960*, Madison, University of Wisconsin Press, 1990.
- Marseille, Jacques, *Empire colonial et capitalisme français: Histoire d'un divorce*, París, Albin Michel, 1984.

- Matory, J. Lorand, "The English Professors of Brazil: On the Diasporic Roots of the Yoruba Nation", *Comparative Studies in Society and History*, 41, 1999, pp. 72-103.
- McKittrick, Meredith, *To Dwell Secure: Generation, Christianity, and Colonialism in Ovambo-land*, Portsmouth, NH, Heinemann, 2002.
- Meillassoux, Claude, *Femmes, greniers et capitaux*, París, Maspero, 1975.
- Miller, Joseph, *Way of Death: Merchant Capitalism and the Angolan Slave Trade, 1730-1830*, Madison, University of Wisconsin Press, 1988.
- Mudimbe, V.Y., *The Invention of Africa: Gnosis, Philosophy, and the Order of Knowledge*, Bloomington, Indiana University Press, 1988.
- Peel, J.D.Y., *Ijeshas and Nigerians: The Incorporation of a Yoruba Kingdom, 1890s-1970s*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983.
- , *Religious Encounter and the Making of the Yoruba*, Bloomington, Indiana University Press, 2000.
- Phillips, Anne, *The Enigma of Colonialism: British Policy in West Africa*, Londres, Currey, 1989.
- Ranger, T.O. (ed.), *Emerging Themes of African History*, Nairobi, East African Publishing House, 1968.
- Rodney, Walter, *How Europe Underdeveloped Africa*, Londres, Bogle-L'Ouverture, 1972.
- Schoenbrun, David, *A Green Place, a Good Place: Agrarian Change, Gender, and Social Identity in the Great Lakes Region to the 15th Century*, Portsmouth, NH, Heinemann, 1998.
- UNESCO, *General History of Africa*, Berkeley, University of California Press, 1981-1993.
- Vansina, Jan, *Oral Tradition: A Study in Historical Methodology*, trad. de H.M. Wright, Chicago, Aldine, 1965.
- Vansina, Jan, Raymond Mauny y L.V. Thomas (eds.), *The Historian in Tropical Africa*, Londres, Oxford University Press, 1964.
- Vaughan, Megan, *Curing Their Ills: Colonial Power and African Illness*, Cambridge, Polity Press, 1991.